

La construcción de la cultura política a través de los actores

Luis Madueño

Los estudios sobre la cultura en la sociología política de América Latina alimentan la discusión en nuestros días y forman parte del debate orientado hacia la búsqueda de nuevos conceptos y categorías de análisis de la política y lo político. Y ello en un contexto caracterizado por objetivos cambiantes que se han ido desplegando en este fin de siglo, replanteando las construcciones teóricas que tradicionalmente habían servido de base a nuestros análisis.

Manuel A. Garretón:
La faz sumergida del iceberg. Estudios sobre la transformación cultural, Cesoc/LOM, Santiago, 1994, 233 páginas.

Si bien es cierto que los primeros trabajos sobre cultura política, marcadamente positivistas (comportamentistas), han contado con el impulso de investigaciones pioneras de varios sociólogos y politólogos, tanto en Europa como en América Latina, las orientaciones de tales trabajos, especialmente la veta descubierta por Gabriel Almond y Sydney Verba sobre la *cultura cívica*, se inclinaban significativamente hacia el estudio de los valores y motivaciones de los ciudadanos desde una perspectiva democrática, poniendo énfasis en la estabilidad de los sistemas políticos.

De hecho, explicar la cultura a partir de los valores que los individuos dicen defender, es ciertamente correr el riesgo de confundir y fusionar aquello que los individuos creen y lo que expresan

como parte de la verdad que los guía en sus formas particulares de hacer política. En este sentido, resulta necesario encontrar una red teórico-empírica que vuelva operativo el concepto de cultura política en nuestros estudios sobre la realidad social.

En los últimos años, la teoría que se ha venido conformando alrededor del concepto de cultura política se apoya en una perspectiva histórico-conflictual. De este modo, en primer lugar, nos permite dar cuenta de las dimensiones y clivajes que se producen y reproducen al interior de las relaciones conflictuales de las sociedades. Y en segundo lugar, es contemporánea, puesto que se propone dar respuesta a aquellas orientaciones de las prácticas políticas que se mueven dentro de contextos culturales tradicionales, sometidos a la inclemencia e incertidumbre de los cambios sociales, económicos y políticos.

En efecto, incursionamos en un terreno polémico, proclive a la controversia, que ha revalorizado el concepto de cultura política en circunstancias tales que ha debido vincularse con los profundos cambios y transformaciones de nuestro tiempo. En tal sentido, el concepto de cultura política que se ha impuesto se inscribe dentro de la hasta ahora imperceptible, pero no menos fuerte, evolución del análisis contextual de los comportamientos de los actores, alcanzando con ello un punto de disolución que va a desembocar en algo diferente a lo que originalmente se nos había propuesto.

Si bien es cierto que en el presente fin de siglo América Latina se ha constituido en un laboratorio importante para el replanteo del análisis cultural sobre nuevas premisas, un replanteamiento del mismo lo encontramos en los trabajos recientes de Manuel Antonio Garretón, autor de unas cuantas reflexiones críticas sobre los procesos de democratización y cambio de la política en América Latina. Naturalmente, no abordaremos aquí todos sus libros, más bien nuestro análisis se va a centrar en *La faz sumergida del iceberg*.

En este libro Garretón se aproxima a las transformaciones y mutaciones de sentido de la modernidad en nuestros países, con el presupuesto de que se encuentran reñidas con los nuevos modelos de modernidad. Para el autor los cambios geoculturales, en la medida en que el espacio deja de ser territorial, dan cabida a nuevos espacios de acción, específicamente comunicacionales. Dentro de esta perspectiva, se trata de transformaciones de aquellos ejes comunicacionales que han marcado el sentido de relación entre los diferentes espacios de la sociedad: Estado-sociedad política-sociedad civil (p. 7). De aquí se desprende un concepto de cul-

tura política relevante para la investigación, en la medida en que sirve de plataforma para una nueva sociología de los actores:

Desde nuestra perspectiva, la cultura política refiere a las imágenes y sentidos sobre la acción colectiva que hay en una sociedad y a las imágenes, estilos y lenguaje de la acción política. Dicho en otros términos, al modo como se define en una sociedad determinada la matriz de relación entre el Estado, la estructura político-partidaria y la base social o sociedad civil (p. 20).

Como hipótesis de trabajo Garretón se plantea el hecho de que «nuestras sociedades privilegiaron una cultura política que definía una relación, según los casos, de fusión, imbricación, subordinación o eliminación entre algunos de los elementos de esta triple relación» (p. 7). Así, el punto de partida metodológico de Garretón lo encontramos explícito en el siguiente párrafo que, en nuestra opinión, establece el deslinde con la sociología política en uso: «No se trata de buscar respuestas a transformaciones estructurales. Como si la estructura fuera una esencia a la cual los sujetos y actores se adaptan. Estos crean estructuras que a su vez las modifican profundamente» (p. 7).

Podemos afirmar, por consiguiente, que la sociología de Garretón está relacionada con la concepción de *dualidad de las estructuras* propuesta recientemente por Anthony Giddens, en la medida en que las estructuras se construyen como un medio o instancia social, resultado de las prácticas sociopolíticas de los actores. Aun también son evidentes ciertas influencias de la reorientación sociológica de Alain Touraine y de unos cuantos aportes de la así llamada sociología posestructuralista. Esta última la encontramos particularmente en la proposición de Garretón según la cual

Los cambios en las relaciones entre economía, política, cultura y sociedad y los cambios en la política misma, nos indican que lo que está en juego son las formas o modelos de convivencia, o lo que más pomposamente, se llama modelo de modernidad. A lo largo de este libro, rescatamos una definición de modernidad no unívoca ni identificada con modelos históricos de modernización o de determinados instrumentos. La modernidad tiene que ver con la constitución de sujetos capaces de hacer su historia, y ella aparece en nuestro contexto doblemente desgarrada, más allá de los espejismos que inventamos y los velos que tejemos para ocultarlo. Por un lado, el drama de la exclusión de esta capacidad de constituirse como sujetos de un vasto sector de la población. Por otro lado, la imposición de una modernidad copiada de otros contextos que se enfrenta a las identidades colectivas escindidas entre los espejismos y su propia memoria histórica (p. 12).

En tal perspectiva, una concepción alternativa de la modernidad, que se construye al interior de la sociología política, debe orientarse hacia la determinación de aquellas bases de acción política que identifican a toda cultura política. De este modo, una sociología de los actores sociopolíticos debe orientarse hacia la identificación de la capacidad de agencia de

los actores y en última instancia hacia la determinación de su capacidad transformadora de la sociedad. De aquí que cuando nos aproximamos a la observación del comportamiento de los actores, siempre encontramos las dificultades históricas de los mismos en su objetivo constitutivo de lo político y la política, en tanto resultado de sus interacciones específicas dentro del contexto de las relaciones sociales (traducción de los intereses sociales). Todo ello viene expresado en las instituciones y estructuras de dominación, caracterizadas históricamente por pérdidas, transiciones, recuperaciones y profundizaciones del modelo democrático en nuestros países. Así, de acuerdo con Garretón

Lo que está cambiando en este caso (las transiciones posautoritarias) va más allá de los rasgos de un régimen y refiere a una transformación en la matriz de relación entre Estado y sociedad civil, es decir, a una transformación de la política misma y del sentido de la acción colectiva. En otras palabras, pareciera que estamos frente a un cambio en la cultura política ... (p. 18).

Este acercamiento al fenómeno cultural que nos propone Garretón también viene inscrito dentro de la sociología posestructuralista, puesto que destaca los cambios de valores en el comportamiento de los actores y su relación con estructuras bien particulares de las sociedades latinoamericanas. Ello deja planteado para la investigación el surgimiento de una nueva matriz sociopolítica, a la que al parecer no responden los modelos políticos tradicionales o premodernos, incluyendo en estos últimos las utopías revolucionarias.

Superando el legado cultural de las ciencias sociales

El legado cultural de las ciencias sociales en América Latina había asumido como modelo una matriz sociopolítica que se adaptaba a la naturaleza premoderna del tejido social de nuestros países. Se trataba entonces de disciplinas más ocupadas en el análisis ideográfico de la realidad que en la construcción de conceptos y categorías de análisis operativas, aplicables en nuestra comprensión de los fenómenos sociales específicos de la región. Se adoptaron casi siempre esquemas duales de análisis pretendidamente omnicomprendivos. Es el caso de los conceptos de *modernidad* y *dependencia*, que para algunos sociólogos todavía conservan su relevancia original. Asimismo, el arsenal teórico de la mayoría de los científicos sociales estuvo un tanto constreñido por las grandes teorías evolucionistas, llámense orgánicas o mecanicistas, incluyendo las propuestas del marxismo autóctono, y del estructural-funcionalismo predominante.

No podemos decir que las salidas a nuestras tareas y problemas se inserten en modelos explicativos extraños a nuestras realidades. Lo que sí de-

bemos aceptar es el hecho de que la modernidad en América Latina no posee aún una reflexividad suficiente como para dirigir los procesos de transformación hacia la creación de nuevos valores más institucionales. Por consiguiente, el análisis de la cultura política debe dirigirse al tratamiento de: a) la seguridad ontológica de la política y lo político; y b) el desanclaje y desestructuración del sistema político institucional. En este sentido, para la ciencia política latinoamericana los desafíos son enormes, de aquí que las reflexiones de Garretón sean hoy pertinentes, en la medida en que nos invitan a repensar y replantear aquellos presupuestos de una politología regional más cercana a la teoría social y a las propuestas de alcance medio que vendrían a refrescar nuestros puntos de vista.

En la medida en que la ciencia política, situada entre las ciencias de la naturaleza y del espíritu, se había limitado más a reivindicar las exigencias del «método científico» (producto del aparente triunfo de los behavioristas en este campo) ha reducido ciertamente las posibilidades de la intuición e imaginación sociológicas. Esto ha detenido un tanto el proceso de desarrollo de una disciplina que ha debido reconocer el significado de los tiempos a partir de la observación de los cambios en el comportamiento de los actores. Para beneficio de nuestras ciencias sociales, particularmente de nuestra ciencia política, este proceso se ha revertido en los años recientes, en la medida en que la teoría política regresa como teoría social, abordando los procesos y cambios que se han venido produciendo en nuestras sociedades latinoamericanas. Se comienza así a sustituir una concepción premoderna de la ciencia política por una ciencia política más reflexiva y más orientada a la formulación de nuevos constructos teórico-empíricos, dejando atrás el legado cultural de la otrora ciencia política pro norteamericana.

Trabajos como el que aquí comentamos, reivindican la perspectiva de una ciencia política latinoamericana más consecuente con nuestra propia comunidad de destino.